

CONCIENCIA, FANTASÍAS Y MUNDO EXTERNO

Alberto Loschi

“El punto de partida para esta indagación lo da el hecho de la conciencia, hecho sin parangón, que desafía todo intento de explicarlo y describirlo”^[1]

En esta curiosa frase llama la atención que Freud aluda a la conciencia como *“hecho sin parangón”*, es decir, que no guarda semejanza con otra cosa que permita una comparación y que, por lo tanto, *“desafía todo intento de explicarlo y describirlo”*.

Vale la pena reflexionar sobre los motivos que pudieron llevar a Freud a decir semejante cosa acerca de la conciencia –y no del inconsciente-. Sobre todo porque lo dice al final de su recorrido, en “Esquema del psicoanálisis”, o sea, luego de décadas de darle vueltas a la cuestión de la conciencia.

Cabe tener en cuenta que conciencia es un concepto pre y extra-analítico lo que plantea la cuestión de cómo lo modifica la inclusión de lo inconsciente. Tal vez en esto pensaba Freud al hacer este comentario.

Al considerarlo, sorprende como algo contrastante que la idea habitual (casi podríamos decir prejuicio) con que consideramos a la conciencia sea parangonándola con un aparato reproductor de lo que percibe. Quizás nos veamos atrapados en ese prejuicio, que pasa por alto la advertencia mencionada, por la misma razón que Freud indica a continuación de la frase citada:

“Y, sin embargo, si uno habla de conciencia sabe de manera inmediata y por su experiencia personal más genuina lo que se mienta con ello”

El obstáculo para su indagación está dado pues, no tanto por el misterio como por lo obvio.

Teniendo en cuenta el reparo de Freud ante lo obvio de la conciencia procuraremos trascender esa obviedad, que lleva a considerar la conciencia como el lugar que reproduce y refleja, ya el mundo externo, ya el interno. Nada de importancia cambia por decir que esa reproducción es con deformaciones y que, debido a las mismas, nunca podremos conocer la cosa en sí o el inconsciente en sí.

Abordando el problema por otro lado repararemos, en cambio, que **conciencia** es a lo único que Freud adjudica el atributo de dar **calidad**. Esto solo ya muestra, si reflexionamos en ello, la magnitud de heterogeneidad que media entre la conciencia y los otros sistemas: lo inconsciente y el mundo externo carecen en sí de calidad. El mundo externo sólo lo es para un sujeto que le da la calidad de ‘externo’^[2]. Inconsciente y mundo externo son atributos de calidad dados por la conciencia.

Al tener esto en cuenta el interés se desplaza. Deja de importar considerar la conciencia como un aparato que refleja las cosas, internas o externas y nuestro interés se dirige a interrogarnos sobre cuál es la importancia para lo psíquico de ese ‘órgano’ creador de

cualidad. Tomaremos entonces como eje de nuestro desarrollo sobre la conciencia esta pregunta ¿qué es una cualidad?

La conciencia posee además otra característica que le es propia: todo lo que en ella se presenta **me** concierne, **me** incumbe; aunque sea para rechazarlo. El abanico del mundo, que en un momento dado en ella se despliega, converge hacia un vértice, apunta a un centro, un punto virtual si se quiere, pero que al señalarlo le da existencia. La conciencia da existencia al **mi**, que la acompaña como una virtualidad. Quiere esto decir que la conciencia implica la subjetividad. En ella rige el cogito ergo sum.

Lo mismo dice Freud cuando define la conciencia como “*un órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas*”^[3]. La cualidad siempre implica una subjetividad para la que es cualidad. Cualidad y subjetividad se coimplican.

Esta característica permite distinguir la conciencia de la percepción. La percepción pura, separada de la conciencia, no incluye aún la subjetividad. Así entendemos cuando Freud dice:

“El aparato psíquico, que con el órgano sensorial de los sistemas P (percepción) está vuelto hacia el mundo exterior, es él mismo mundo exterior para el órgano sensorial de la Cc”^[4]

Entre percepción y conciencia se despliega (media) el aparato psíquico, que es, al decir de Freud, mundo exterior para la conciencia.

Los estímulos que ingresan por el polo perceptual se refractan en el aparato psíquico siguiendo trazas de huellas –carentes de cualidad- con las que se asocian para luego de ese procesamiento eventualmente ser cualificados por la conciencia. Si el aparato psíquico es mundo exterior para la conciencia también podemos decir que la conciencia es mundo exterior para el aparato psíquico.

Esto lleva a considerar que la conciencia no es reproducción o reflejo de lo que percibe sino el lugar que **objetiva** (ob yectum) lo psíquico inconsciente. Cuando en 1920 y 1925 Freud dice: “**la conciencia surge en reemplazo de la huella mnémica**”, no habla de reflejo sino de reemplazo, sustitución.

Si, no obstante la advertencia de Freud con que iniciamos este escrito, queremos encontrarle un símil, podemos parangonar el efecto de conciencia con el que produce la creación de una metáfora. Una metáfora es cuando una palabra sustituye a otra, entonces la palabra sustituida pasa a ser significado latente de la que la sustituye, el efecto de esta sustitución no es un simple cambio de una cosa por otra, el valor de la metáfora es que con la sustitución se objetiva una profusión de sentidos latentes. La conciencia al objetivar condensa, y lo condensado se hace significado inconsciente representado en la conciencia por un signo.

Lo notable es que este proceso de objetivación, cada vez que acontece, crea un sujeto; un sujeto que no es si no se produce este efecto. Hacer consciente lo inconsciente es también entonces, hacer más inconsciente lo inconsciente y, además, crear un sujeto cada vez que eso se da.

El estímulo per se, en su en sí, no es pasible de conciencia. Siguiendo a Freud, el estímulo 'actual'^[5] requiere enlazarse a una huella, virtual, que le da identidad (identidad de percepción) para presentarse a la conciencia. La identidad resulta de una relación, que le da investidura, cualidad al estímulo.

Las cualidades de conciencia

Imagen de yo

Freud describe tres formas de cualidad-conciencia: la de las cosas del mundo, la de placer-displacer y la del pensamiento ligado a la palabra. Las tres van enlazadas, no obstante, en aras de simplificar la exposición, las describiremos por separado.

Comenzaremos por las cosas del mundo, considerando que la cualidad de éstas depende de una imagen: la imagen de yo.

Freud, Winnicott y Lacan, cada uno a su manera, dan modelos tratando de dar cuenta de la instalación de esa imagen.

Ya explicamos en otros trabajos^[6] como a nuestro parecer lo que Freud describe como huella mnémica de experiencia de satisfacción corresponde, aunque Freud no lo diga así, a la imagen de yo. Esa huella aparece de la relación entre la tensión de necesidad y el objeto que la satisface y posibilita 'medir' la percepción 'actual' al ponerla en correspondencia con tal huella que sirve como unidad de medida. La percepción 'actual' cobra cualidad a partir del molde de esa huella, una suerte de medida que da identidad (identidad de percepción). Hasta acá (1901) esa huella aparece como la del objeto

que procuró la satisfacción, pero en trabajos posteriores dirá que el yo-placer (1911,1915,1925) surge por identificación con ese objeto. Cabe inferir entonces que esa huella, por identificación, es la imagen de yo. Desde ella se miden (aparecen) las cosas del mundo, que resultan así egomórficas. La conciencia de éstas implica re-conocer en ellas la imagen de yo, que aparece metamorfoseada en las diversas cosas del mundo.

El modelo con el que Winnicott da cuenta de la instalación de esta imagen resulta más claro: el bebé al mirar los ojos de la madre se ve a él mismo. Destaquemos en este giro que lo que el niño ve en los ojos de la madre no es sólo ni tanto los ojos de la madre sino una imagen: la imagen de yo^[7], como la que Narciso ve en las aguas. En el mismo sentido explica Lacan el estadio del espejo

Concluimos que la percepción 'actual' no es capaz de conciencia sin un acto que la subjetive. Tal acto es una objetivación.

La imagen es placer en tanto que objetiva un estímulo 'actual' y, de ese modo, posibilita darle cualidad a la percepción que entonces es re- conocida desde la medida de la imagen de yo. Tenemos pues que entre el estímulo 'actual' y la percepción cualificada (conciencia) media (da medida) la imagen de yo. Desde esa unidad de medida las cosas percibidas nos resultan lindas o feas, buenas o malas; posibilita que, aun cuando nunca podamos ver una naranja entera, como dice Borges en un comentario sobre Kafka, no obstante nos la representemos entera –como la imagen de yo-. El mundo de las cosas es egomórfico.

Esa imagen de yo desprende un sujeto, virtual, que no se confunde con ella y al que le da referencia: *yo (el sujeto) veo a 'me' (imagen de yo) en la imagen.*

El estímulo 'actual' –sin objetivar- es traumático y cabe interrogarnos sobre el modo en que podemos concebirlo. En el modelo de la experiencia de satisfacción, Freud identifica ese estímulo con la tensión de necesidad. Pero ¿cómo definir desde nuestra disciplina –que no es la biología- la necesidad?

Para hacerlo recurriremos a una construcción mítica. Que sea mítica quiere decir que su carácter de verdad escapa a su formulación literal; ésta sólo es un vehículo para dar figurabilidad; algo semejante a lo que hace la conciencia.

Mito de la creación del mundo

Consideremos que nuestra vida antecede al nacimiento – y aun a la concepción-. Desde los deseos de los padres y, más allá, los ancestros, hasta perderse en la noche de los tiempos, la vida es un paraíso ideal. Allí vivimos como ángeles hasta el momento de caer a tierra. Con el nacimiento perdemos ese paraíso. En rigor sólo cobra existencia a posteriori (nachtraglich). Es desde haberlo perdido, con el nacimiento, que empieza a existir. Como dice el poeta “sólo perdidos existen los paraísos”.

Al nacer se nos revela así una 'vida anterior', del narcisismo originario, ese reino ideal de los muertos que nos engendran, nuestros primeros padres. A ellos traicionamos con el nacimiento.

Para nacer tuvimos que rechazar ese paraíso. No fuimos expulsados del paraíso por un pecado original, nosotros expulsamos ese paraíso al nacer y ese es el pecado original: la traición. Ahora, rechazado, el 'cuerpo' de ese paraíso aparece ante nosotros como el primer mundo externo con el que nos encontramos en el acto de abandonar, por esa traición, nuestra condición de ángeles^[8]. Y ahora, ese mundo, esa Cosa nos reclama, de una forma tan intensa como muda y tan real como **lanecesidad**. Como una boca abismal nos aspira, nos demanda retornar a esa vida anterior que hemos traicionado. Si nos identificamos a ese llamado mudo, recuperamos la condición de ángeles; muertos. En lugar de eso luchamos. Si esa boca nos aspira, nos ahoga, nosotros le robamos el aire y respiramos. Si nos come, comemos. A ese llamado mudo, letal, respondemos con un grito de sonoridad vital que hace vibrar las memorias terribles de lo mudo vistiéndolas de angustia.

Concebimos esta escena ominosa desplegándose en los gritos angustiados del ser naciente. El llanto y pataleo dan cuenta del acto expulsivo y enérgico con que nos apartamos de esa identificación de ángeles y, a la vez, de la angustia que despierta el encuentro con esa Cosa expulsada, nuestro primer mundo externo.^[9]

Tal vez pueda entenderse ese yo real primitivo del que habla Freud en un sentido distinto al que él le da. Más que un yo que distingue el afuera del adentro por un acto motor, sería un yo que, con su acto expulsivo, crea un 'afuera' y un 'adentro'. Ese 'afuera' es la Cosa, una suerte de madre arcana, pulsión de muerte que con su llamado mudo nos demanda volver a una vida anterior. La

traicionamos al expulsarla y ahora ella nos abandona, como a Edipo en el monte Citerón, para hacernos retornar a ella.

Pero el grito desgarrador, que no es mudo, ese grito de vida, es escuchado por otra madre: la mamá, que atraída por ese grito y dividiéndose de la madre arcana, acepta la traición y adopta a ese ser naciente: su bebé, al que provee, bañándolo con su mirada y su sonrisa cual una Tetis con su Aquiles, de una investidura protectora: la imagen de yo, monumento conmemorativo de esa nueva alianza.

La necesidad mortífera, ese incesto exigido por la madre arcana que no acepta la traición y con la que quedamos en deuda carnal, es exorcizado por una mirada y una sonrisa y se objetiva en la imagen de yo.

Imagen de yo y conciencia se co-fundan. Lejos de reflejar la Cosa como una lente fotográfica, la torna opaca y esa imagen de yo hace aparecer las cosas, a las que da forma con su cualidad; una cualidad egomórfica que las torna familiares. Exiliados del paraíso, esta imagen nos provee de un escudo protector que nos abre la puerta a un mundo familiar, compartible, de semejantes.

El narcisismo originario del paraíso ideal, un incesto mortífero que, cual la boca de Cronos, devora el cuerpo del ser naciente como necesidad, se objetiva ahora en el narcisismo del yo gracias a la intervención de una nueva Rea, la mamá humana que, dividiéndose de la madre rapaz, adopta al nuevo ser.

La imagen de yo, producto de esta nueva alianza –erótica- entre mamá y bebé, resulta entonces una suerte de metáfora del incesto, que permite objetivarlo fundando la conciencia humana^[10]. Ésta

empieza a poblarse de cosas familiares que exorcizan el carácter ominoso y mortífero de la madre incestuosa (retorno al seno materno).

Trocamos el ser objetos de la Cosa por un mundo de objetos, del que queda excluido un punto virtual que se crea en el mismo acto: nuestra subjetividad que, sustentada en esa imagen de yo, puede ahora orientarse en el mundo de las cosas, que opacan lo ominoso de la Cosa.

No obstante, esa madre incestuosa, como a Aquiles y a Edipo, nos sigue reclamando con su llamado y, en ocasiones, las cosas familiares dejan trasparentar su carácter ominoso y 'el sueño' del yo se convierte en pesadilla.

La primera cualidad de conciencia es la imagen de yo, la pantalla de un sueño. Sería de este modo que recibimos noticias de cualidad de esa instancia, el mundo externo. Noticias que pueden faltar cuando este fundamento que funda la conciencia no ocupa su lugar, como tal vez acontezca en el autismo, trastorno en el que es dudoso que la instancia mundo externo llegue a constituirse.

La imagen de yo resulta de la condensación de la alianza mamá-bebé; una suerte de metáfora. Es la objetivación del incesto y, por lo tanto, no es el incesto. Es una significación del mismo; un primer signo que lo objetiva en la conciencia y que da cualidad, haciendo aparecer el mundo de las cosas, talladas ahora a la medida de esa imagen (identidad de percepción). Ahora sí puede haber una mamá.

Esta imagen de identidad, como dice Freud, posibilita orientarse en el mundo hacia los objetos. Éstos pierden peligrosidad porque la

imagen ha exorcizado (objetivado, metaforizado) el incesto y establece una distancia mediando entre un sujeto y un objeto que esa distancia crea. De allí que al descomponerse la imagen de yo acontezca la angustia, que es el peligro –para el sujeto- de convertirse en puro objeto –del incesto-; el peligro de que se pierda esa distancia mediada por la imagen.

La imagen de yo guarda relación con la segunda madre (la mamá de la historia personal, la adoptiva) y se asocia a lo bueno, al placer. Protege de la Cosa y abre al mundo de las cosas. De este modo concebimos el primer signo de cualidad al que se refiere Freud, el que cualifica –y da existencia- a la instancia mundo externo.

Hay otros dos.

Placer-Displacer

Las fantasías originarias

La segunda cualidad psíquica que señala Freud es la que da signos del ‘adentro’ (remarquemos nuevamente que se trata de signos y no de reflejos). Esta es la de placer-displacer.

“El material de excitaciones afluye desde dos lados al órgano sensorial Cc: desde el sistema P (....) y del interior del propio aparato, cuyos procesos cuantitativos son sentidos, toda vez que los alcanzan ciertas alteraciones, como serie de cualidades de placer y displacer”.

El modo en que Freud se expresa puede inducir a pensar que esos “dos lados” tienen una existencia a priori y desde allí envían sus excitaciones a la conciencia que los recibe pasivamente. Nosotros preferimos acentuar el carácter activo de la conciencia. Es desde ella, con sus cualidades, que se distinguen “dos lados”. Distinción que, como la clínica muestra, puede faltar, invertirse y/o establecerse en forma no convencional. La prueba de realidad, función que Freud adjudica a la conciencia, muestra que es ella la que crea esos “dos lados”. Si abstraemos la dimensión conciencia ¿podemos hablar de adentro/afuera, de sujeto y objeto? Creemos que esta perspectiva es más afín con la que nos muestra el mismo Freud en “Esquema del psicoanálisis”.

Volviendo al segundo signo de cualidad, ya dijimos que el placer guarda relación con la imagen de yo, la mamá, lo bueno. Lo que escapa a esta cualidad trasparente ese mundo arcano que mortifica el cuerpo. No todo el cuerpo queda protegido por la imagen de yo, siempre hay lugares, como en Aquiles, por donde ‘la muerte’ puede entrar. Ese resto incestuoso, sin signos que lo signifiquen, logra no obstante cierta cualidad bajo la forma de displacer. Forma que puede encontrar su relieve al contrastar con el placer.

Si la imagen de yo, como dijimos, permite re-conocer, lo que escapa a ella es des-conocido. Sin embargo, ese ‘des-conocimiento’ implica una negación y, por la negativa, señala también una presencia que la conciencia hace aparecer, precisamente como displacer. El displacer es la presencia de ‘memorias’ des-conocidas.

Ese displacer permite así objetivar un objeto, que el displacer cualifica de 'malo' y que abre a la dimensión fantasmática, la que inviste con distintos ropajes a eso 'malo' devorador y da la base para que en un a posteriori cobre la forma de un padre castrador.

A partir de allí ese objeto malo (padre castrador) es puesto 'afuera' y lo bueno (mamá nutriz) 'adentro'. La instalación de ese yo de placer purificado es un nuevo acto, de violencia expulsiva, de incesto y parricidio en el que quedan separados los protoobjetos edípicos (mamá buena-adentro/padre castrador-afuera). Digamos también que este incesto parricidio, acto de la activa pulsión de dominio, protege del incesto arcano, la muda pulsión de muerte.

Esta separación protectora (que recuerda la posición paranoide-esquizoide kleiniana) implica a la vez su reverso, la unión de lo que había sido separado. Esta unión es la profantasía de escena primaria y explica el efecto traumático de la misma. Si el sadismo separó esos protoobjetos, es también el sadismo, vuelto contra la propia persona, el que los une. En ese fantasma, el niño, que había incluido a la madre dentro de sí (yo placer), queda identificado a la madre y él **es** ella, sometida sexualmente y castrada por el padre (fantasías de seducción y castración). De allí el carácter sádico que cobra la escena primaria.

Estas fantasías originarias ya no son la Cosa, pero carecen de signos de cualidad: porque hacen fracasar la imagen de yo (profantasía de castración: el niño es sodomizado y castrado por el padre) y quiebran la separación protectora adentro/afuera (padre y madre se unen: profantasía de escena primaria). En ese sentido

son traumáticas. Al no objetivarse en la conciencia, son ellas, las fantasías, las que 'objetizan'

El pensamiento ligado a la palabra

Yo realidad final

La posibilidad de que sean objetivadas por la conciencia la da el tercer signo de cualidad que postula Freud: el pensamiento ligado a la palabra.

“Para prestarles cualidad son asociados, en el ser humano, con recuerdos de palabra, cuyos restos de cualidad bastan para atraer sobre sí la atención de la conciencia y para volcar sobre el pensar, desde ésta, una nueva investidura móvil”

En efecto, pensar, tal como lo define Kant, es unir representaciones en la conciencia (pensar conciente) y ese acto, en primer lugar, es unir las representaciones que re-presentan lo que había quedado separado: adentro/afuera, bueno/malo, mamá/papá.

Entre las fantasías de escena primaria, de seducción, de castración y el pensar que une media un nuevo acto psíquico que transforma la pasividad en actividad; en el pensar, la unión de representaciones se ejerce activamente.

En la dimensión de las fantasías se es objeto pasivo de las mismas (se es seducido y castrado por el padre). Como dijimos eso

desequilibra la imagen de yo –narcisista- y hace fracasar la defensa que divide el adentro-bueno del afuera-malo. Al no ser objetivadas en la conciencia, son ellas las que ‘objetizan’; son traumáticas.

El pensar que une implica un acto psíquico que transforma la pasividad en actividad (en un sentido distinto al de la pulsión sádica). En el pensar que une ya hay un agente activo del mismo que surge de la identificación al padre. Se es el agente activo de esa unión.

Este acto posibilita objetivar esos fantasmas dándoles cualidad. La unión de esas dos representaciones (mamá/papá), ya objetivadas en la conciencia, hacen aparecer un sujeto de las mismas que, en el mismo acto, pierde el carácter de ser objeto pasivo de esas fantasías.

El juego del carretel es un buen ejemplo de lo que decimos. Al jugar, el niño subjetiva (y objetiva) las fantasías que lo tornaban puro objeto. La ausencia de la madre lo coloca en presencia de la fantasía de escena primaria (la madre se va con el padre) que amenaza hacerlo objeto de la misma (identificación a la madre de la escena primaria). Al tomar el carretel, como agente activo de ese acto (identificación con el padre), convierte al carretel en símbolo de la madre (exorciza la identificación con la madre de la escena primaria). Y al hacerlo aparecer y desaparecer, en ese afuera- adentro que es el ¡Fort! ¡da!, une en el juego esas dos representaciones que representan a papá/mamá. Al hacerlo exorciza el fantasma de escena primaria, que adquiere así cualidad en la conciencia y transforma el displacer en el placer del juego, que ya es un pensar. Ha metaforizado la escena primaria, que así se hace más inconsciente,

pierde su carácter real-actual y se hace significado inconsciente del juego. Las fantasías inconscientes son significados de lo que se metaforiza (objetiva) en el pensar conciente.

Desde allí se van trazando las coordenadas en las que se desenvolverá el complejo de Edipo. El campo enmarcado por las mismas hace aparecer un sujeto, confinado a moverse y arreglarse en ese mundo, más o menos fértil y generoso o estéril y desértico, que es el de la psiconeurosis.

Bajo los parámetros del mismo, constituidos a partir de esas fantasías y su objetivación en la conciencia, elegirá objetos de amor, aspiraciones y trabajo, familia, lugar en un grupo social; en una palabra, construirá realidad.

La realidad se estructura brotando de esas fantasías, configurando el campo, la pantalla onírica en la que, como Edipo, estamos destinados a movernos resguardados del peligro de lo real.

Empero, como a Edipo, lo real-actual, como una Yocasta arcana, nos espera en encrucijadas aleatorias de esa onírica realidad, atrayéndonos a un destino mortal, contra el que la conciencia lucha procurando recuperar 'el sueño' de realidad.

Para concluir queremos dejar abierto un interrogante. Reestableciendo o estableciendo un pensar que objete, el análisis puede resolver síntomas, que son intentos fallidos de pensar – metáforas congeladas-. Mediante las construcciones objetiva además destellos de lo real-actual. Pero, más allá ¿puede el análisis promover otra cualidad en la conciencia que las tres descritas?

-
- [1] “Esquema de psicoanálisis” S. Freud T.XXIII Amorrortu
- [2] “originariamente el yo lo contiene todo; más tarde segrega de sí un mundo exterior” (El Malestar en la Cultura)
- [3] Cap. VII de “Interpretación de los sueños”
- [4] Cap VII de “Interpretación de los sueños”
- [5] Usamos el término ‘actual’ (entre comillas) en el sentido que lo explica el glosario de “La Peste de Tebas” Nro 3
- [6] “Identidad de acción” y “Yo dolor” – La Peste de Tebas Nros 13 y 16
- [7] “Realidad y Juego” D. Winnicott
- [8] “originariamente el yo lo contiene todo; más tarde segrega de sí un mundo exterior” (S. Freud El Malestar en la Cultura)
- [9] G. Pommier ¿Qué es lo Real? Ed. Nueva Visión
- [10] La imagen de yo como objetivación del incesto pone distancia del mismo. La condición tanática del incesto al poder fusionarse a eros (la mamá) cristaliza en la imagen de yo. Es la diferencia que media entre el narcisismo originario y el narcisismo del yo. Eros logra trasladar el incesto a esa ‘otra escena’, que es la imagen de yo, en la que queda condensado. Esa imagen da cualidad –erótica- a las cosas del mundo y a los otros yoes, semejantes; crea un mundo familiar. No obstante, el contenido incestuoso, que es ‘la sangre’ de la imagen de yo, mantiene en ella un equilibrio inestable y fácilmente

puede 'sangrar'. Es lo que hace a la condición paranoica de la imagen de yo y al mundo –familiar- por ella creado.